

ELOGIO DE LA DEBILIDAD MILITANTE (O DE LA NECESARIA FORMACION)

La mejor praxis es siempre una buena teoría. Sin embargo, un cuerpo ideológico sin incardinamiento en la sociedad es sólo letra muerta, espuma del oleaje que se rompe contra los acantilados de la realidad.

Por Esperanza Díaz Pérez

Para obtener un buen trabajo hay que saber; el saber no ocupa lugar, pero la sociedad rivaliza en competitividad por llegar al poder a través del saber: «se añade más valor al diseñar un coche que al fabricarlo, más al fabricarlo que al repararlo, más al repararlo que al recogerlo para chatarra. Hay países enteros que no han pasado de la fase de reparar coches; son también —no es casualidad— los que suelen acumular mayores tasas de inflación y de paro. Las mínimas marcas de inflación y de paro corresponden a los países que diseñan coches para los demás» (Amando de Miguel: Los españoles, 1990, p. 14).

La gente no quiere estudiar para formarse sino para ganar. Un ejemplo desgraciado: «Los delincuentes son los que se toman demasiado en serio la publicidad» (Ibi, p. 235), pues «no se puede afirmar que el predominio de la ética hedonista, el realce del éxito material, la relajación de las conductas sociales que representa al medio urbano, una economía que persigue más la productividad que el trabajo... no se puede defender todo eso y esperar que no vaya a proliferar la inseguridad ciudadana» (Ibi, 233). Mientras tanto se dice que «un padre está para que te equivoques y echarte una mano después», olvidando que después ya es tarde.

DESCEREBRADA SOCIEDAD

Nada tiene de extraño, pues, que los poderes tiendan a evitar de mil maneras que la gente tenga ideas propias y capaces de crítica: Los borregos son más dócilmente conducidos, antes hacia el nacionalcatolicismo, hoy hacia el nacionalateísmo, al poder le da igual. Ya lo dijo Alexis de Tocqueville en su obra «De la democracia en América» (II, XIV): «Hay un paso muy peligroso en la vida de los pueblos democráticos. Cuando el afán por los goces materiales se desarrolla en uno de esos pueblos más rápidamente que la cultura y los hábitos de la libertad, llega un momento en que los hombres se encuen-

tran como arrebatados y fuera de sí a la vista de esos nuevos bienes que están próximos a adquirir. Preocupados únicamente en hacer fortuna, no advierten el estrecho lazo que une la fortuna particular de cada uno de ellos con la prosperidad de todos. No es preciso arrancar a tales ciudadanos los derechos que poseen; ellos mismos los dejan escapar. El ejercicio de sus deberes políticos les parece un enojoso contratiempo que les distrae de su actividad. Si en ese momento crítico un hombre ambicioso y astuto se adueña del poder, encuentra libre camino para todas las usurpaciones».

Añadamos con Carlyle que «hubo una vez unos señores, los enciclopedistas franceses, que escribieron una obra en treinta y cinco volúmenes que no contenía "más que ideas", y cuya segunda edición fue encuadernada con la piel de quienes se rieron de la primera». Si queremos evitarlo, formémonos con sentido solidario, militante, y activo.

CORREDORES DE FONDO

Durante estos años pasados hemos comprobado cómo no siempre los que más gritaban su formación selecta y más urgentes cambios solicitaban resultaron a la larga los más convencidos, por eso quizá sean preferibles aquellos que con una punta de escepticismo crítico en su formación saben aguantar el incómodo día a día y continúan trabajando: Nunca se entregaron del todo, pero nunca quitaron la mano del arado.

Hubo en estos años pasados asimismo otra especie de gente muy austera (cátara, diríase), que parecía hacerlo todo por obligación rigorista: dar testimonio para ellos significaba sufrir. Sólo podemos decir que, incapaces de gozar sanamente —su gozar constituía su sufrir— acabaron quedándose solos y maldiciendo. En esto, sin embargo, coincidían por paradoja con sus denostados enemigos, los lúdicos que no iban a la manifestación, sino a «la mani» o (cual ahora se dice) a la «manifa», pues éstos, no habiendo aprendido a tomarse nada en serio, tampoco lo fueron por los suyos propios, de ahí su permanente soledad.

Gente hubo, empero, que como decíamos nunca fue «radicalconvicta» o «seriamentehiperformada», ni tampoco «ludicogozante», sencillamente abría una mesa plegable, se ponía detrás, aguantaba a pie enjuto los embates de las horas y las tarascadas del frío, así como las cornadas de los nada escasos fascistas que ya amenazaban, ya golpeaban con cadenas, ya quemaban los libros en plan de preaviso, y a veces terminaba en la nada segura «Dirección General de Seguridad».

VINDICACION MILITANTE

Distaba de lo heroico este tipo de militante formado sin aspavientos. Sabía tomarse hedonistamente un cafelito en el bar más próximo, asumir como podía los miedos, esperar ascéticamente el relevo, y contar gozosamente al final de la jornada los durillos de la caja, tan necesarios —aunque sólo fuera—

para seguir estando ahí, así como volver cabreado con el fracaso pegado al cuerpo. No había leído quizá todos los folletos, pero se identificaba en lo esencial con lo más importante de ellos, y su vida acompañaba esta convicción, la fuerza de la idea se acuerpaba en la debilidad de la carne.

Y si eso tuyo ayer sentido, sigue teniéndolo aunque estemos hoy más solos. Ponerse al otro lado del puesto sigue significando, en efecto:

- a) *Pedir*, asumir la vergüenza de la soledad y de la pobreza, solicitar que el otro se acerque, tenderle la mano.
- b) Reconocerse en esa pobreza como ámbito del diálogo con el otro.
- c) *Ofrecer*, saber dar, mostrar que no es una falacia pasar del «es» al «vende» (nunca al «me vendo»).
- d) *Hacerse militante* luchando contra la censura cultural fáctica que impide la real circulación de todas las ideas, aunque no lo parezca a los ojos ajenos.
- e) *Con-formarse* en un grupo que camina unido.

Para que esta formación militante acaezca no basta con leer, hay que echarse a la calle pasando del «me gustaría» al «yo quiero» porque, como dice Kierkegaard, aquí el «elígete a ti mismo» sustituye al socrático «conócete a ti mismo». Si, yo quiero volver a echarme a la calle para vender libros tras de un puesto, pero también para luchar contra el racismo, la xenofobia, la insolidaridad, y el desorden establecido o que trata de establecerse, incluido el mío propio.

Esperanza Díaz Pérez.
Estudiante de Medicina.

